



Más allá de Macondo, más acá de Magroll

Luz Mary Giraldo

La reconocida aceleración del tiempo histórico no da tregua con los cambios sucedidos y registrados en la literatura latinoamericana. Más que los temas o las formas, la sensibilidad y el espíritu de época se imponen sobre escrituras que incitaron a la reflexión y el análisis.

El contraste entre las propuestas de los autores de mitad del siglo XX, los que les siguieron y los más recientes, está en la relación directa con las utopías, cuyo compromiso muestra convicciones o actitudes mesiánicas y búsquedas que se registran en la actitud crítica y la experimentación, a diferencia de quienes proyectan desencanto, individualismo y desinterés por la tradición o el futuro. Si en unos la construcción o revisión del mundo fue un imperativo, en los últimos se imponen lo inmediato y lo inestable. Para muchos, esta nueva actitud se fundamenta en la cultura colectiva, que desde hace unos años se caracteriza por la velocidad, el culto de la imagen y el sonido, la diversidad y la multiplicidad, lo que redundará en lo urbano global y manifiesta la ruptura de los límites.

A finales de los años setenta se inició el deslinde de las figuras patriarcales y de los arquetipos que marcaban pautas de escritura o de pensamiento, reconociéndose que los llamados «hijos de Cortázar» y que «dos hijos díscolos» de Gabriel García Márquez, Juan Carlos Onetti, José Lezama Lima o Alejo Carpentier daban su adiós

al *boom* y a Macondo. Desde los noventa se evidencia que los más jóvenes no se relacionan con ningún pasado ejemplar y que leyeron la narrativa de los años sesenta sin conflicto alguno, como a los clásicos. La gran mayoría pertenece a esa cultura polivalente en la que los avances científicos y técnicos, la cibernética, la informática y las telecomunicaciones determinan su visión de la realidad, evidente en lo truculento y vertiginoso.

La que en Colombia pudiera denominarse *generación de la ruptura*, del *deslinde* o de la transición (R. H. Moreno-Durán, Rodrigo Parra Sandoval o Fernando Vallejo) se encuentra con aquella que, tras una nueva conciencia de escritura (Germán Espinosa, Óscar Collazos, Luis Fayad, Fernando Cruz Kronfly, Marvel Moreno o Roberto Burgos Cantor, entre otros), explora en la historia, la ciudad y los conflictos sociales y culturales. Caracterizados por desestabilizar el discurso oficial a través de la risa, la ironía, el erotismo o lo metaficcional se ofrece, en varios casos, una crítica rabiosa (Vallejo, por ejemplo, asumiendo la diatriba de malpensante que se enfrenta a la comunidad de los «bienpensantes») o una actitud contestataria (R. H. Moreno-Durán ironiza sobre la cultura nacional y sus iconos). Las nuevas promociones han tenido varias denominaciones que no han logrado fijarse aún, como es propio de su tiempo: hijos de los *hippies* o de los *boomers*, *McOndo*, generación mutante, del crack, del transmilenio, X, de los góticos, en fin. La mayoría acepta influencias de la cultura anglosajona y de autores como King, Bukowski, Sturgeron, Bohl, Burroughs, Hammett, Carver, Asimov, Stevenson y von Harlow, o relaciones con personajes como Frankenstein, Drácula, Jack el Destripador. Su música es, entre otros, Pink Floyd, The Cure, Nirvana, Sisters of Mercy, Ministry, Placebo. Del cine y la televisión, reconocen obras que son un duro fresco de la sensibilidad contemporánea: *The Wall*, *Blade Runner*, *Amores Perros*, *Belleza Americana*, *Réquiem por un Sueño*, *Pulp Fiction*, *Asesinos por Naturaleza* o *Perfecto Asesino*, *Matrix* o *Escrito en el Cuerpo*. Sus héroes son los de *La Guerra de las Galaxias*, *El Hombre Araña*, *La Mujer Maravilla*, *Superman* o *Los Expedientes Secretos X*; y los modelos de aprendizaje, *Plaza Sésamo*, *Los Años Maravillosos* y *Clase de Beverly Hills*; y seriados que acompañaron su infancia, como *El Chavo del Ocho* o *Chespirito*, que, unidos a sus juegos de Atari y Nintendo, la multimedia, los hipertextos y la navegación por Internet, muestran niveles y relaciones que con notable rapidez alimentan su imaginación y fantasía.

Reflexionando sobre estos cambios vertiginosos, el joven narrador argentino Gonzalo Garcés, quien acuña el código de los hijos de los *hippies*, se refiriere a las

características de su generación afirmando que no solo llegaron tarde a los sueños y fiestas de sus progenitores y son producto de las «grandes rabias y los hermosos errores», sino que forman parte de una época poco espectacular que, sin transiciones, pasó de una situación a otra: «Allá por los 80 [dice], bailamos nuestros primeros lentos humanistas con *We are the world*; hoy, con Manu Chao, compadecemos a los inmigrantes palestinos».

Indudablemente, los autores que en su juventud fueron contemporáneos a la narrativa del *boom* son, por razones de formación y de época, próximos al compromiso y la pregunta por el sentido de la existencia o por los momentos críticos de la historia. Los más jóvenes viven con escepticismo la realidad múltiple, que como un *performance* puesto en escena por los medios sugiere desastre. Si en unos hay sensación de gravedad, en otros es escepticismo; unos testimonian el fin de las utopías y las certezas; otros, más individualistas, viven el fin de todo sin gritar consignas ni defender ideologías. Si unos creyeron en el sueño de transformar el mundo y en la noción de literatura con palabras capitales, otros se acercan a expresiones depresivas que parecen sugerir que nada importa y que no hay futuro. Los primeros pertenecen a la época de Mayo del 68, a la de «hagamos el amor y no la guerra», a la liberación social, moral, sexual y femenina, a la píldora anticonceptiva, a la minifalda, a la marihuana, a la crisis de la unidad familiar, a Bob Dylan, a Violeta Parra, a la lectura de Hermann Hesse y su *Lobo estepario*, a la imagen del Che Guevara y de Fidel Castro, a un sugestivo perfil de rebeldía. Los últimos responden al «síndrome de Peter Pan», a los «after parties», a los «montajes efímeros» y viven ante la expectativa de una tercera guerra mundial y el fuego cruzado de muchas otras guerras.

Hoy confirmamos que las cualidades, los valores y las especificidades de la literatura analizados por Italo Calvino a partir de los conceptos de levedad, rapidez, exactitud, visibilidad y multiplicidad se cumplen en las expresiones artísticas de narradores y creaciones recientes, y que se invita a una nueva visión de arte o expresión más colectiva. Debemos reconocer que la idea tradicional de arte como valor moral o de belleza ha cambiado, fortaleciéndose lo que se desea expresar y confirmando que cada día estamos más cerca al orden de las referencias.

Rodrigo Parra Sandoval considera que en Colombia hay dos tendencias polares: «la que plantea que ante la desintegración de los valores que llega con la modernidad, ante la invasión del lenguaje standar de los medios, ante la avalancha

de lo visual» busca en el «tesoro literario del pasado» la forma de narrar el presente; y la que quiere narrar de forma mucho más abierta «bebiendo en las múltiples maneras de hablar del hombre contemporáneo». El desafío está entre los que trabajan aprehendiendo nuevos lenguajes, que con «una conciencia ilustrada» revisan el pasado y sus repercusiones en el presente, y los que se ilustran con la moda, agobiando al lector con el ritmo veloz de la truculencia contemporánea.

El acelerado universo de hoy (las sensaciones que involucran los cinco sentidos y llaman a la explosión emocional, a la rapidez del lenguaje, que se une a la aceleración de sucesos y apresura las truculencias, a la inminencia de la muerte y a las pocas expectativas frente al futuro) se une a las resemantizaciones de la violencia expresada en una narrativa de estirpe testimonial que aprovecha la violencia actual, la nueva moral y lo grotesco, en fin, mostrando de manera efectiva, y efectista en algunos casos, la continuidad de nuestras crisis en la llamada novela de la «sicaresca», el relato negro y policial, el realismo crudo, las nuevas visiones de desplazamiento y determinado neoromanticismo. *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo; *Sangre ajena*, de Arturo Alape; *Morir con papá*, de Óscar Collazos; *Rosario tijeras*, de Jorge Franco; y *La lectora*, de Sergio Álvarez, representan lecturas de la crisis; así como en relato negro se han destacado *Perder es cuestión de método*, de Santiago Gamboa; *Satanás*, de Mario Mendoza; y *Cuentos sin antifaz*, de Lina María Pérez. La narrativa de Efraim Medina ha explorado hasta la saciedad el realismo sucio y el vértigo, y tanto Laura Restrepo, en *La multitud errante* y *Delirio*, como Jorge Franco, en *Paraíso travel*, han penetrado en los avatares de la violencia, el desplazamiento y el exilio, así como Ricardo Silva en la manipulación de los medios (propriadamente en la televisión, ese «cosmopolita doméstico») y Antonio Ungar en la presencia de las guerras que cubren o amenazan distintas culturas y nacionalidades. Pareciera que con esta literatura no queda tiempo para la meditación, sino para la consignación de lo truculento.

Escrituras eruditas como las de Espinosa, Moreno-Durán y Parra Sandoval entran en nuevas relaciones con la de Enrique Serrano o Juan Gabriel Vásquez, recreando, a manera de sentencia, el pensamiento de la más rancia tradición o situaciones de intensa penetración psicológica. Estamos ante literaturas que no siempre hablan desde la tribuna de los acusadores ni de los acusados, así como ante utopistas nostálgicos y rabiosos que reclaman a la historia y a la cultura el desastre actual. Los «excluidos», aquellos que llegaron tarde a los debates y las

cenos de sus mayores, o los que presenciaron la desbandada de los sueños, expresan sus pesadillas reales con una gramática y un vocabulario de los campos de la muerte, la violencia, la agresión, la incertidumbre, el canibalismo y el dolor.

Cada vez más lejos de Macondo y de Maqroll, de las experimentaciones y las utopías, la narrativa latinoamericana refleja la dinámica mundial de lo escéptico, lo inestable y lo huidizo. El reino de la desmesura, y todo lo posible que caracterizara el universo macondino, revela en *Doce cuentos peregrinos* y en *Memoria de mis putas tristes* de Gabriel García Márquez, que, como en el poema de Rubén Darío, «Ya no hay princesa que canta». Asimismo, se deduce que no existen príncipes con capacidades heroicas que logren despertar a las princesas con un beso de amor. Las aventuras y las convicciones de Maqroll el Gaviero se interrumpen en la narrativa de los jóvenes, aunque su desesperanza, ese «no esperar nada», siga vigente.

Refiriéndose a la narrativa de los años ochenta, Jorge Ruffinelli reconocía los rasgos específicos de la época en la frase de Marx: «todo lo sólido se desvanece en el aire». Coincidimos en sus afirmaciones de entonces cuando percibimos que cada vez parecen existir menos razones para el compromiso, la acción, la renovación y el análisis crítico. Si la narrativa latinoamericana del *boom* alcanzó la revisión de los estatutos de la crítica y la historia literaria situándose triunfalmente frente a la cultura mundial, la de los años ochenta constata la crisis, permite reconocer diferencias en las búsquedas y empieza a mostrar el acabamiento de la realidad ante sus propias narices, obligando, como dijo Antonio Skármeta, a acercarse «a la cotidianidad con la obsesión de un miope». Sin lugar a dudas, ellos originaron el escepticismo y el desencanto, llevado hoy a sus máximas expresiones. «¿Cómo competir con la historia?», se pregunta Carlos Fuentes en su *Geografía de la novela*. Hacer memoria reclama compromiso, reflexión, análisis y toma de conciencia. Escribir el desastre, o sobre él, muestra los desórdenes y da forma literaria a una vida desganada, vacilante y vacía.*